

me, nada hay seguro en Europa. España es la más firme, señores, y ya veis lo que es España; este Congreso es el mejor, y ya veis lo que es este Congreso. (*Risas.*) España, señores, es en Europa lo que un oasis en el desierto de Sahara. Yo he conversado con los sabios, y sé cuán poco vale en estas circunstancias la sabiduría; he conversado con los valientes, y sé cuán poco vale en estas circunstancias el valor; he conversado con los hombres prudentísimos, y sé cuán flaca es en estos momentos la prudencia. Ved, señores, el estado de la Europa. Todos los hombres de Estado no parece sino que han perdido el don del consejo; la razón humana padece eclipses, las instituciones vaivenes, y las naciones grandes súbitas decadencias; tended, señores, tended conmigo la vista por la Europa desde Polonia hasta Portugal; decidme, con la mano puesta sobre el corazón: decidme de buena fe si encontráis una sola sociedad que pueda decir: estoy firme en mis cimientos; decidme si encontráis un solo cimiento que pueda decir: estoy firme sobre mí mismo.

Y no se diga, señores, que la revolución ha sido vencida en España, que ha sido vencida en Italia, que ha sido vencida en Francia, y que ha sido vencida en Hungría; no, señores, esto no es la verdad. La verdad es que, reconcentradas todas las fuerzas sociales con una suprema concentración, que exaltadas con una exaltación suprema, han bastado apenas, y no han hecho más que bastar apenas, para contener el monstruo.

Desde aquí no se conoce los progresos del socialismo sino en Francia. Pues bien; sabed que el socialismo tiene tres grandes teatros. En la Francia están los discípulos, y nada más que los discípulos; en la Italia están los seides, y nada más que los seides; en la Alemania están los pontífices y los maestros. La verdad es, señores, que á pesar de esas victorias, que nada tienen de victorias sino el nombre, la pavorosa esfinge está delante de vuestros ojos, sin que haya habido hasta ahora un Edipo que sepa descifrar ese enigma. La verdad es que el tremendo problema está en pie, y la Europa no sabe ni puede

resolverle. Esta es la verdad. Todo anuncia, todo, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido é ingenio penetrante, todo anuncia, señores, una crisis próxima y funesta: todo anuncia un cataclismo como no le han visto los hombres. Y, si no, señores, pensad en estos síntomas que no se presentan nunca, y sobre todo, que no se presentan nunca reunidos, sin que detrás vengan pavorosas catástrofes. Hoy día, señores, en Europa todos los caminos, hasta los más opuestos, conducen á la perdición. Unos se pierden por ceder, otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser la muerte, allí hay Príncipes débiles; donde la ambición ha de causar la ruina, allí hay Príncipes ambiciosos; donde el talento mismo, señores, ha de ser causa de perdición, allí pone Dios Príncipes entendidos.

Y lo que sucede con los Príncipes, sucede con las ideas. Todas las ideas, las más asquerosas, como las más magníficas, producen los mismos resultados. Y si no, señores, poned los ojos en París, y ponedlos en Venecia: y ved el resultado de la idea demagógica y de la idea magnífica de la independencia italiana. Y lo que sucede con los Príncipes y lo que sucede con las ideas, eso sucede con los hombres.

Señores, donde un solo hombre bastaría para salvar á la sociedad, este hombre no existe; y si existe, Dios disuelve para él un poco de veneno en los aires. Por el contrario, cuando un solo hombre puede perder la sociedad, ese hombre se presenta, ese hombre es llevado en las palmas de las gentes, ese hombre encuentra llanos todos los caminos. Si queréis ver, señores, el contraste; poned los ojos en la tumba del Mariscal Bugeaud y en el trono de Mazzini. Y lo que sucede con los Príncipes y lo que sucede con las ideas, y lo que sucede con los hombres, eso sucede con los partidos.

Y aquí, señores, porque esto tiene una aplicación más inmediata á nosotros, llamo vuestra atención. En donde la salvación de la sociedad consiste en la disolución de todos los partidos antiguos y en la formación de uno nuevo, compuesto de todos los demás, allí, señores, los partidos se empeñan en no

disolverse, y no se disuelven. Eso es lo que sucede en Francia: la salvación de la Francia, señores, sería la disolución del partido bonapartista, la disolución del partido legitimista, la disolución del partido orleanista, y la formación de un solo partido monárquico. Pues bien; allí, donde la disolución de los partidos produce la salvación de la sociedad, los bonapartistas piensan en Bonaparte, los orleanistas en el Conde de París, los legitimistas en Enrique V; y al revés, en donde la salvación de la sociedad consistiría en que los partidos conservaran sus antiguas banderas, en que no desgarraran su seno, para que todos sus individuos pudieran combatir juntos en grandes y nobles combates, en donde esto era necesario para la salvación de la sociedad, como en España, aquí, señores, los partidos se disuelven ¹.

Y, señores, para este mal no son remedio esencial las reformas económicas; no es remedio la caída de un Gobierno y la suplantación de otro Gobierno. El error fundamental en esta materia consiste en creer que los males que Europa padece, nacen de los Gobiernos. Yo no negaré la influencia del Gobierno sobre los gobernados: ¿cómo la he de negar? ¿Quién la ha negado nunca? Pero el mal es mucho más hondo, el mal es mucho más grave. El mal no está en los Gobiernos, el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados han llegado á ser ingobernables. (*Risas. ¡Bien, bien!*)

Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja á la Europa, está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja á la Europa, ese es el mal que aqueja á la sociedad, ese es el mal que aqueja al mundo; y por eso, señores, son los pueblos ingobernables. Esto sirve para explicar un fenómeno que no he oído explicar á nadie, y que, sin embargo, tiene una explicación satisfactoria.

¹ ¡Pluguiese á Dios que todos los partidos liberales se disolviesen y dejasen así de luchar entre sí para encaramarse en el Poder y convertirlo en instrumento de su tiránico dominio.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Todos los que han viajado por Francia, convienen en decir que no se encuentra un francés que sea republicano. Yo mismo puedo dar testimonio de esta verdad, porque he atravesado la Francia. Pero se pregunta: no hay en Francia republicanos: ¿cómo es que la República subsiste? Y nadie da la razón; yo la daré. La República subsiste en Francia, y digo más, la República subsistirá en Francia, porque la República es la forma necesaria de gobierno en los pueblos que son ingobernables.

En los pueblos que son ingobernables, el Gobierno toma necesariamente las formas republicanas. He ahí por qué la República subsiste y subsistirá en Francia. Importa poco que esté, como lo está, combatida por las voluntades de los hombres, si está sostenida, como lo está, por la fuerza misma de las cosas. Esta es la explicación de la duración de la República francesa.

Al oirme hablar á un tiempo mismo de la autoridad divina y de la autoridad humana, se me dirá acaso:—¿Qué tienen que ver las cuestiones políticas con las cuestiones religiosas?

Señores, yo no sé si hay aquí algún señor diputado que no crea que hay relación entre las cosas religiosas y las políticas; pero si hay alguno, voy á demostrar su relación necesaria, de una manera tal, que la vea por sus propios ojos y que la toque con sus propias manos. (*Movimiento de atención.*)

Señores, la civilización tiene dos fases: una que yo llamaré afirmativa, porque en ella la civilización descansa en afirmaciones; que yo llamaré también de progreso, porque esas afirmaciones en que descansa, son verdades; y, finalmente, que yo llamaré católica, porque el catolicismo es el que abarca en toda su plenitud todas esas verdades y todas esas afirmaciones. Al contrario, hay otra faz de la civilización, que yo llamaré negativa, porque reposa exclusivamente en negaciones; que yo llamaré decadencia, porque esas negaciones son errores; y que yo llamaré revolucionaria, porque esos errores se convierten al fin en revoluciones que transforman los Estados.

Pues bien, señores: ¿cuáles son las tres afirmaciones de

esta civilización, que yo llamo afirmativas, de progreso y católicas? Las tres afirmaciones son las siguientes: en el orden religioso se afirma que existe un Dios personal. (*Rumores y risas en la tribuna y en la izquierda. La mayoría indignada reclama el orden.*)

EL SR. PRESIDENTE: ¡Orden, señores!

EL SR. MARQUÉS DE VALDEGAMAS: Hay tres afirmaciones entre otras. Primera afirmación: existe un Dios, y ese Dios está en todas partes. Segunda afirmación: ese Dios personal, que está en todas partes, reina en el cielo y en la tierra. Tercera afirmación: este Dios, que reina en el cielo y en la tierra, gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas.

Pues bien, señores; en donde hay estas tres afirmaciones en el orden religioso, hay también estas otras tres afirmaciones en el orden político; hay un Rey que está en todas partes por medio de sus agentes; ese Rey, que está en todas partes, reina sobre sus súbditos; y ese Rey que reina sobre sus súbditos, gobierna á sus súbditos. De modo que la afirmación política no es más que la consecuencia de la afirmación religiosa. Las instituciones políticas en que se simbolizan estas tres afirmaciones, son dos: las Monarquías absolutas y las Monarquías constitucionales, como las entienden los moderados de todos los países, porque ningún partido moderado ha negado nunca al Rey ni la existencia, ni el reinado, ni la gobernación. Por consiguiente, la Monarquía constitucional entra con los mismos títulos que la Monarquía absoluta á simbolizar esas tres afirmaciones políticas, que son el eco, digámoslo así de las tres afirmaciones religiosas ¹.

Señores, en estas tres afirmaciones concluye el período de la civilización, que yo he llamado afirmativo, que yo he llamado de progreso, que yo he llamado católico. Ahora entramos, señores, en el segundo período, que yo he llamado nega-

¹ Puede creerse que nuestro Donoso no se refiere en este lugar á las Monarquías constitucionales á la moderna ó propiamente dichas, porque en ellas, demás del pernicioso principio que las vicia, es máxima corriente que "el Rey reina y no gobierna."
—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tivo, que yo he llamado revolucionario. En ese segundo período hay tres negaciones, correspondientes á las tres afirmaciones primeras. Primera negación, ó como yo la llamaré, negación de primer grado en el orden religioso: Dios existe, Dios reina; pero Dios está tan alto, que no puede gobernar las cosas humanas. Esta es la primera negación, la negación de primer grado, en este período negativo de la civilización; y á esta negación de la providencia de Dios, ¿qué corresponde en el orden político? En el orden político, sale el partido progresista respondiendo al deísta, que niega la providencia, y dice:—El Rey existe, el Rey reina; pero no gobierna.—Así, señores, la Monarquía constitucional progresiva pertenece á la civilización negativa en primer grado.

Segunda negación: el deísta niega la Providencia; los partidarios de la Monarquía constitucional, según los progresistas la entienden, niegan la gobernación; pues ahora viene en el orden religioso el panteísta, y dice:—Dios existe; pero Dios no tiene existencia personal; Dios no es persona, y como no es persona, ni gobierna ni reina; Dios es todo lo que vemos; ni es todo lo que vive, es todo lo que se mueve: Dios es la humanidad.—Esto dice el panteísta; de manera que el panteísta niega la existencia personal, aunque no la existencia absoluta; niega el reinado y la Providencia.

En seguida, señores, viene el republicano y dice:—El poder existe; pero el poder no es persona, ni reina ni gobierna; el poder es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; luego es la muchedumbre, luego no hay más medio de Gobierno que el sufragio universal, ni más Gobierno que la República.

Así, señores, al panteísmo en el orden religioso corresponde el republicanismo en el orden político. Después viene otra negación, que es la última: en punto á negaciones no hay más allá. Detrás del deísta, detrás del panteísta viene el ateo y dice:—Dios ni reina ni gobierna, ni es persona, ni es muchedumbre; no existe.—Y sale Proudhón, señores, y dice:—No hay

Gobierno. (*Risas y aplausos.*) Así, señores, una negación llama á otra negación, como un abismo llama á otro abismo. Más allá de esa negación, que es el abismo, no hay nada, no hay nada sino tinieblas, y tinieblas palpables.

Ahora bien, señores: ¿sabéis cuál es el estado de Europa? Toda Europa va entrando en la segunda negación, y camina hacia la tercera, que es la última; no lo olvidéis. Si se quiere que concrete algo más esta cuestión de los peligros que corren las sociedades, la concretaré, aunque con cierta prudencia. Todos saben cuál es mi posición oficial; yo no puedo hablar de la Europa sin hablar de la Alemania; no puedo hablar de la Alemania sin hablar de la Prusia, que la representa; no puedo hablar de la Prusia sin hablar de su Rey, á quien, señores, sea dicho de paso, puede llamarse por sus cualidades eminentes el augusto germánico. El Congreso me perdonará que al entrar en esta cuestión, por lo que toca á Europa, guarde cierta reserva, y por lo que toca á Prusia guardé una reserva casi absoluta; pero diré, sin embargo, lo bastante para manifestar cuáles son mis ideas concretas sobre los peligros concretos también que amenazan á la Europa.

Señores, aquí se ha hablado del peligro que corre la Europa por parte de la Rusia; y yo creo que por ahora y por mucho tiempo puedo tranquilizar al Congreso, asegurándole que por parte de la Rusia no puede temer el menor peligro.

Señores, la influencia que la Rusia ejercía en Europa, la ejercía por medio de la Confederación germánica. La confederación alemana se hizo en contra de París, que era la ciudad revolucionaria, la ciudad maldita, y en favor de Petersburgo, que era entonces la ciudad santa, la ciudad del gobierno, la ciudad de las tradiciones restauradoras. ¿Qué resultó de aquí? Que la Confederación no fué un Imperio como pudo serlo entonces; y no fué un Imperio, porque á la Rusia no le podía acomodar nunca tener enfrente de sí un Imperio alemán y tener reunidas á todas las razas alemanas; así es que la Confederación se compuso de Principados microscópicos y de dos gran-

des Monarquías. ¿Qué era lo que le convenía en el caso de una guerra con la Francia? Lo que le convenía á la Rusia era que estas Monarquías fuesen absolutas: y estas dos Monarquías fueron absolutas. Y véase, señores, cómo sucedió que la influencia de la Rusia, desde la Confederación alemana hasta la revolución de Febrero, se ha extendido desde Petersburgo hasta París. Pero, señores, desde la revolución de Febrero todas las cosas han mudado de semblante; el huracán revolucionario ha echado abajo los tronos, ha empolvado las coronas, ha humillado á los Reyes: la confederación germánica no existe; la Alemania hoy día no es más que un caos. Es decir, señores, que á la influencia de la Rusia, que se extendía, como dije, desde Petersburgo á París, ha sucedido ahora la influencia demagógica de París, que se extiende hasta la Polonia.

Pues ved aquí la diferencia: la Rusia contaba con dos aliados poderosos, el Austria y la Prusia; hoy es sabido que no puede contar más que con el Austria; pero el Austria tiene que luchar y reluchar todos los días contra el espíritu demagógico, que existe allí como en todas partes; contra el espíritu de raza, que existe allí más que en otra parte alguna; y finalmente, tiene que reservar todas sus fuerzas para una lucha posible con la Prusia. Resulta, pues, señores, que neutralizada el Austria, no contando la Rusia con la Confederación germánica, no puede contar en el día más que con sus propias fuerzas. ¿Y sabe el Congreso cuántas son las fuerzas de que ha dispuesto la Rusia para las guerras ofensivas? Nunca ha llegado á 300.000 hombres. ¿Y sabe el Congreso con quiénes tienen que luchar esos 300.000 hombres? Tienen que luchar con todas las razas alemanas, representadas por la Prusia; tienen que luchar con todas las razas latinas, representadas por la Francia; tienen que luchar con la nobilísima y poderosísima raza anglo-sajona, representada por la Inglaterra. Esa lucha, señores, sería insensata; sería absurda por parte de la Rusia; en el caso de una guerra general, el resultado cierto, infalible sería que la Rusia dejase de ser una potencia europea, para no ser más que una